

# *Nudo biográfico y escritura compulsiva. Para una lectura antropológica de Ángel Ganivet*

José Antonio GONZÁLEZ ALCANTUD

Universidad de Granada  
Centro de Investigaciones Etnológicas «Ángel Ganivet»

## 0. PREÁMBULO OBLIGADO

Por circunstancias que no merecen ser relatadas, tengo el honor de dirigir un centro de investigaciones antropológicas que lleva el nombre de Ángel Ganivet García, literato finisecular granadino, cuya vida legendaria significa tanto o más que su propia obra. Es más que posible que en este caso el autor vaya por delante del texto, en su capacidad para generar «mythos». La ciudad de Granada posee un obligado grupo de seguidores de Ganivet, no muy numeroso pero persistente y continuado en el tiempo, desde su propia época hasta el día de hoy. Son los «ganivetianos». Cuando nuestro Centro etnológico se instaló en la casa-molino en que viviera su infancia Ganivet, recibimos el sordo embate de este particular grupo de valedores del pensamiento ganivetiano. Ellos querían allí un lugar cultural, una casa-museo dedicada a Ángel Ganivet como la que a Federico García Lorca acaba de serle dedicada poco antes en Fuente Vaqueros, su pueblo natal. La reivindicación era lejana, y se había reactivado cuando las sobrinas del pensador abandonaron el molino definitivamente en los años setenta. Uno de los argumentos básicos que esgrimieron desde el punto de vista intelectual los ganivetianos, y con ellos *sotto voce* la mayor parte de los críticos literarios locales, era que Ganivet no sólo no era etnólogo, sino que además rechazaba semejante ciencia, de la que debía estar al menos informado de su existencia gracias a sus periplos europeos y por la insaciable capacidad de lectura que lo distinguía. Resultaba, pues, de todo punto ilógico convertir «la casa», como la llamó cálidamente el mismo Ganivet, en un moderno centro de investigaciones sociales.

Sin embargo, no siendo, como no lo soy, del gremio de los ganivetianos locales ni tampoco crítico literario, consideré desde el primer momento una obligación demostrarles cómo en la superficie y en el fondo las ideas esbozadas compulsivamente por Ganivet en su breve existencia, podían y debían ser analizadas desde la antropología literaria. El año 1998, conmemoración centenaria del suicidio de Ganivet en Riga, y esta revista parecen el tiempo y el lugar apropiados para abordar una lectura antropológica de Ángel Ganivet, una vez que las más de setecientas referencias bibliográficas existentes sobre nuestro autor hasta 1995, han sido llevadas a cabo por críticos e historiadores literarios casi en exclusividad (Nil, 1996). Recordemos que esta crítica ha otorgado a Ganivet los calificativos, entre otros, de «iluminado» (Herrero, 1966) y «excéntrico» (Gallego, 1965). En ocasiones lo más sustancioso de las polémicas consistió en reclamarlo como un antecedente de la generación del 98, o como un miembro de pleno derecho (Shaw, 1997). Finalmente fue aceptado como miembro del grupo generacional. Incluso hubo quien al abordar su personalidad desde otras laderas lo incluyó dentro de algunas patologías físico-médicas. Recentrarlo parece tarea importante, y aquí la antropología tiene algo que decir.

## 1. TRAYECTORIA BIOGRÁFICA Y ESTAMENTALIDAD SOCIAL

Ángel Ganivet y García nace en Granada en 1865, en el seno de una familia modesta, que ejercía como profesión la molinería desde que los primeros ascendientes del tronco familiar se asentaran en un pueblo de la Vega granadina en el siglo xvii. Como índice de su modestia baste recordar que Ganivet nació a la vera de una casa de vecinos, una corrala, en un barrio popular, y que posteriormente vivió su infancia en un pequeñísimo molino, ubicado en una cadena de molienda de origen árabe, accionado por el agua de la principal acequia del río Genil a su paso por Granada. Esta casa estaba situada además en el límite de la ciudad con el campo, en una zona escasamente poblada, o habitada por una población marginal, entendiéndose fundamentalmente gitanos, en el cercano barranco del Abogao. Su padre poseía alguna afición por la pintura, y su hermana la tuvo posteriormente, pero siempre en términos amateristas. No era, por tanto, Ganivet una persona predestinada al triunfo intelectual o administrativo. Más bien, al contrario, dada su extracción social y la impermeabilidad de la estructura social local, si nos atuviésemos a un estricto determinismo. Tenía Ganivet

dos imágenes muy marcadas de su infancia, la de la chiquillería de los barrios populares, siempre presta a eludir las imposiciones educativas, y la del molino familiar, con su ruido de fondo de aguas turbulentas. A ambas hará continuada referencia en sus obras, tomando metáforas acertadas de estas experiencias como la célebre de las ideas «picudas» y «redondas», en relación con las piedras de molienda, y haciendo uso de un lenguaje y léxico muy popular en su expresión literaria.

Nunca perdió Ganivet a pesar de su idealismo teórico el sentido práctico de la existencia. Su preocupación por la marcha de los negocios familiares está presente en toda su correspondencia familiar, tanto con su madre como con su primo. Este cálculo práctico le lleva a advertir a su primo Antonio de los riesgos concretos de intentar establecerse en Bélgica por cuenta propia: «Todos los planes de viajes precipitados son un puro disparate; eso podría hacerse en un país salvaje o por explorar, donde todo el trabajo tiene recompensa; pero aquí, en el país más poblado de Europa y en uno de los más civilizados, donde hay cientos y miles de obreros que tienen tanta instrucción industrial, científica y artística como entre nosotros los hombres de carrera, donde hay veintisiete para cada casa (...), te digo que si te vieras no harías más que pasearte en balde, si antes no está preparado un hueco donde meterte» (Gan, 1979: 43). Ese sentido práctico tuvo que ver notablemente con su ascenso social. Su carrera administrativa fue fulgurante, sobre todo cuando se comprueba su tardía alfabetización, en razón de las heridas que le dejan en pierna y frente sus incursiones infantiles. A pesar de ello, brilló con altas notas en los estudios de bachillerato y Universidad. Su tesis para el doctorado de Filosofía y Letras versó sobre la lengua sánscrita, un tema árido ciertamente. Ya en el bachillerato fue impactado por la lectura de Séneca, lo que le había inclinado al estudio de la Antigüedad grecolatina. Esta inclinación fue determinante, ya que su universo referencial, directa o indirectamente, siempre lo constituirá la Antigüedad, sintiéndose alejado de un orientalismo tardo romántico, al que parecía predestinado cualquier habitante medianamente ilustrado de Granada.

Sus andanzas madrileñas, después de intentar obtener sin éxito la plaza de catedrático de Griego de la Universidad granadina, frente a un tribunal presidido por don Marcelino Menéndez Pelayo —experiencia capital para explicarse los mecanismos de las influencias—, le condujeron a conseguir ingresar en el cuerpo de archiveros y posteriormente en la carrera diplomática. Allí en Madrid, hará dos amistades esenciales en su vida, la de su compañero de estudios, Francisco Navarro Ledesma, también archivero y luego catedrático de instituto, con pretensiones literarias, y ante todo cer-

vantista, hombre que le profesaría a Ganivet una auténtica devoción de hermano menor, y Amelia Roldán, la que sería *de facto* su mujer, aunque nunca hubiesen contraído matrimonio oficial, y la que le daría un hijo y una hija. En la relación con Amelia Roldán, Ganivet prueba y comprueba por sí mismo la persistencia de la hipocresía social. «La cubana» o «la amante», como muchas veces fue catalogada en las obras biográficas de Ganivet, aún era considerada por las sobrinas y herederas oficiales del escritor, muertas en fecha reciente, en 1996, como la responsable directa del suicidio del escritor. Realmente Ganivet poseía un tipo físico poco agraciado, aunque no desprovisto de cierto encanto personal (G. Alcantud, 1988), lo que le produjo algunas dificultades en su relación con las mujeres y que, conforme al modelo de la época, le llevó a ser un frecuentador habitual de los prostíbulos. Al otro gran amor de su vida, Masjha Diakovsky, sabemos positivamente que le repugnaba el físico de Ganivet (Díaz de Alda, 1997). Sus propias opiniones sobre la mujer tampoco fueron muy aquilatadas. Sin embargo, manifiesta una temprana creencia en el «amor libre». Su vida, pues, al abandonar Granada se inserta en la «bohemia» más estricta. En ésta se siente aligerado de las presiones locales.

Empero su vida se reorienta con el triunfo del opositor y la marcha de España. La salida de Ganivet hacia su primer destino en Amberes, como vicescónsul de asuntos económicos, acontece en 1893. Hasta entonces Ángel Ganivet no ha escrito una sola línea de lo que luego será su obra. La producción literaria, epistolar y ensayística ganivetiana transcurre en un período de tiempo extremadamente breve, aproximadamente en tres años. En este tiempo escribe cientos y cientos de páginas. A su llegada a Amberes encuentra el siguiente panorama: un cónsul honorable y un canciller que lo acoge calurosamente, pero del cual pronto sabe que está envuelto en negocios absolutamente corruptos, tal como la venta de pasaportes a extranjeros en períodos de cuarentena. Ganivet debía de estar cohibido por sus limitados conocimientos lingüísticos, si bien sus amigos, en especial Navarro Ledesma, y los cofrades granadinos del Avellano, convirtieron éstos en una hipóbole de su inteligencia superior. Durante su estancia belga escribe la voluminosa «Conquista del Reino de Maya por el último conquistador español Pío Cid», donde combinando técnicas satíricas y pensamiento político crítico enjuicia la expansión colonial europea y las necesarias reformas interiores españolas. En ese período envía noticias a sus amigos, en especial a Navarro Ledesma, de la vida intelectual europea. Lee incansablemente. En el artículo «Socialismo y Música», escrito en esa época, presenta algunas veleidades socializantes, que él llamará «anarquismo nirvánico». El

suyo es un socialismo del espíritu, realizable sobre la base de tener satisfechas las necesidades más primarias. Pensará en pedir los destinos más áridos, como uno futurible en Zanzíbar, sobre todo después de haber tomado buena cuenta del estado moral del funcionariado, tras el escándalo provocado por el canciller español. Así, cuando se le ofrece la posibilidad de tomar un nuevo destino en Helsingfors, no durará en hacerlo, ahora ascendido a cónsul de segunda clase. Las actitudes literarias no lo distraerán de las tareas como funcionario, uno de cuyos ejemplos será el detallado informe que enviará al Ministerio sobre las posibilidades de relaciones económicas con Rusia.

La calidez de las relaciones epistolares sustituyen en todo ese tiempo a las relaciones sociales. Ganivet vive un tanto aislado en Amberes, soledad que luego se repetirá en Helsingfors. Las dificultades lingüísticas, volvemos a recordar, tuvieron que estar en el inmediato trasfondo, a pesar de que sus amigos, impresionados por los lejanos destinos, continuaron incrementando una imagen idealizada y distorsionada en cuanto a sus competencias lingüísticas. Sus dos amigos por excelencia, Francisco Navarro Ledesma, en Madrid, y Nicolás María López, en Granada, recibirán, al igual que su familia, una gran cantidad de información epistolar. Este género privado pero de previsible proyección pública, en sus propios cálculos, lo empleará en los artículos que sobre Finlandia y sobre el urbanismo granadino de fin de siglo enviará al diario local *El Defensor de Granada*. Evidentemente Ganivet es un gran lector y observador, preocupado sobre todo por la vida literaria y teatral. También por el elán de las ciudades y los problemas de la regeneración española. Este último aspecto heredado en parte de la presencia krausista en España desde mediados de siglo es el que más lo acerca al mundo de las ciencias sociales e históricas. Según M. Azaña, esa mezcla de temas y asuntos son producto del autodidactismo ganivetiano, lo que finalmente se traduce en síntesis apresuradas. Es cierto que las opiniones contundentes y sin fisuras de Ganivet son frecuentes tanto en su correspondencia como en sus obras. Ganivet posee iluminaciones, ideas, si bien no llega a desarrollarlas sobre un soporte historicista riguroso.

El intento más decidido de darle coherencia a su obra acontece en el período diplomático. Allí en la soledad acomete dos obras sucesivas en torno a un personaje, su alter ego, que pretende resumir la individualidad española: Pío Cid. Tras *La conquista de Maya por Pío Cid*, escrita en su integridad en Amberes, vendrán *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, escritos en Helsingfors. Son ambos una reflexión en la distancia sobre los problemas que España afronta, si bien emplea elementos autobiográficos y

reflexiones de carácter vital, que los convierten en una suerte de libros de pensamientos entrelazados por un argumento novelístico. El resultado es desigual y la extensión de las dos obras, a pesar de que la segunda quedara inconclusa, las hace difícilmente digeribles para el lector contemporáneo. Ni mucho menos pueden ser conceptuadas como obras maestras del siglo XIX, como pretende la crítica ganivetiana más afecta al autor. Son obras cuyo sentido actual es sobre todo contextual y en ese sentido poseen un alto valor. Evidentemente son textos compulsivos, escritos «a lo que salga» en tiempo muy corto bajo la dictadura de la fatalidad biográfica. Como compulsivo fue también el «drama místico» *El escultor de su alma*, escrito por Ganivet en los últimos meses de su vida, y en el que sintetizó crípticamente sus ideas trascendentes hasta cierto punto antideístas. Cuantas veces la obra de Ganivet fue representada póstumamente, la reacción de la crítica resultó contundente: ininteligible. Ángel Ganivet, pues, en esos años de soledad y exilio se consagra a la escritura. Una escritura sin fisuras, sintéticamente coherente, pero inmadura desde el punto de vista de la creación literaria o de la coherencia filosófica. A sus amigos les había confesado que se arrepentía de haber dado tan pronto al público *La conquista...* Tampoco quería que sus artículos sobre Granada tuviesen más repercusión que entre el círculo de los «cofrades» del Avellano, el ocasional círculo literario constituido efímeramente durante sus estancias en Granada. Queremos intuir que Ganivet, un hombre brillante sin lugar a dudas, sabía sus presentes limitaciones, y en cierta forma sólo quería ensayar su debut intelectual. Aspiraba a constituirse en «ideólogo» como tantos otros noventayochistas. Pero su ideología fue más intuitiva que analítica.

La muerte trágica y lejana, vino a inscribirlo en el mundo de los mitos literarios del fin de siglo. Los homenajes que le otorgaran la generación finisecular en 1903 y 1911 lo confirmaba como un «precursor», pero también parece exagerado insinuar que entonces la generación del 98 se queda sin guía, como han querido introducir en el debate los exégetas locales (Gallego, 1965). Ganivet se suicida por un conjunto de circunstancias: las relaciones maritales no oficializadas con Amelia Roldán, de la cual tuvo dos hijos —uno de ellos, la niña, fallecida a los pocos meses de nacer— y que acabaría por no serle fiel; el avance inexorable de la sífilis; y finalmente el enamoramiento de Mascha Djakosky, la bellísima profesora de sueco. Estas circunstancias fueron suficientes y determinantes para el suicidio. Se han querido ver rasgos de enajenación mental consecuencia del avanzado estado de la sífilis en los últimos meses, idea que no compartimos, a menos que identifiquemos estado depresivo con enajenación mental. Sea como fuese,

Ganivet se suicida en un acto dramático y teatral arrojándose al Dvina, mientras Amelia Roldán entra en Riga, a su encuentro, demandando la reconciliación.

El último hecho que podemos incardinar en la «vida» de Ganivet, acontece póstumamente veintisiete años después de su muerte. Desde 1912, el Ayuntamiento de Granada venía intentando el traslado desde Riga de sus restos a la ciudad. La Guerra Mundial lo impidió. A partir de 1921 se inician los trámites de nuevo para repatriarlos, y en 1925 los restos de Ganivet llegan a España a través de Irún, haciéndosele un homenaje en la Universidad de Madrid. En Granada fue recibido el féretro como el de un héroe local y universal. Es el triunfo de Ganivet. Un triunfo discutido desde la crítica literaria e histórica más exigente, que cuestiona razonablemente la formación espasmódica de su obra y el españolismo primario que defiende. No obstante, Ganivet, sobre todo comparado con Federico García Lorca, patrimonio indiscutible universal de la ciudad de Granada, sigue siendo considerado por sus hagiógrafos una personalidad injustamente olvidada. Olvido que justifican en la ingratitude de los intelectuales sobre todo, y en la falta de comprensión de su discurso, inclinado en exceso e incluso instrumentalizado por sus exégetas hacia el nacionalismo —en base al contenido del *Idearium*— y hacia el casticismo—en función de *Granada la bella*—. La falta de universalidad de Ganivet no ha impedido que su influencia se haya dejado notar en los lugares más exóticos y entre los personajes más heteróclitos (Rugai, e.p.).

## 2. IDEALISMO E INTUICIONISMO EN GANIVET

Cuando Ganivet estudia en la Universidad granadina, y luego en la madrileña, para obtener las licenciaturas y luego doctorados en Filosofía y Letras y Derecho, se apasiona sobremanera por los estudios clásicos. El sánscrito, una lengua hermética, atrae su atención, y sobre ella versa su tesis de doctorado en letras; su presentación a las oposiciones de una cátedra de Griego en la Universidad granadina, es otro hecho bien elocuente. Y sobre todo, hay que subrayar, como M. Olmedo señaló, su pronto descubrimiento de Séneca y la adopción del modelo senequista que será su guía vital.

Ganivet se muestra antipositivista desde el primer momento. En este sentido, prefiere apostar por lo que llama la doctrina escéptica, es decir, por aquella que en última instancia niega el valor de la «causa». En su discurso

para obtener el premio extraordinario de doctorado por la Universidad Central de Madrid, presentado el 31 de enero de 1890, que versó justo sobre el concepto de causa, y aun teniendo que mantener el necesario equilibrio académico propio de un acto como ése, dirá: «Vemos en esa serie de operaciones un concepto permanente, que es sólo creación nuestra, su realidad, así como vemos el espacio y nos damos idea del tiempo, cuando en realidad es que vemos objetos y mutaciones “en” el espacio y “con” el tiempo, vale tanto como decir claramente que la idea de causa es un absurdo, porque la causa no significa nada si no tiene realidad subjetiva y objetiva a la vez» (Ganivet, 1943(b): 894-895). A. Robles ha demostrado suficientemente la influencia de los filósofos y sociólogos antipositivistas y en particular de las obras, entonces muy influyentes en España, de Alfred Fouillée, quien abanderaría la promoción de lo que llamaba «ideas-fuerza». Ganivet conoce la obra de Fouillée y sencillamente trastoca la nominación de «ideas-fuerza» por la de «ideas-madre». Concluye Robles Egea: «Es la idea, principalmente la gran idea, la idea generosa, el fundamento del pensamiento ganivetiano y de la personalidad de Ganivet. El hombre y las ideas-madre han de ser consustanciales porque de su interrelación se obtiene la orientación vital de los individuos y sociedades» (Robles, 1997: 219). La división entre positivistas e idealistas está muy marcada en el fin de siglo español (Núñez, 1975), y de ello se hace eco Ganivet en su *España filosófica contemporánea*, de 1889. En esta temprana obra Ganivet manteniendo un cierto equilibrio se inclina decididamente hacia el idealismo filosófico que considera amenazado por un positivismo muy del gusto de unas clases medias dadas a un escepticismo que éste acentúa (Ganivet, 1943(c): 601-603). Sabido es que Ganivet apuesta por las ideas-madre porque, entre otras circunstancias, se oponen al escepticismo desmotivador en una nación a la que falta la voluntad.

Parece, por tanto, completamente coherente que Ganivet pensase más en ideas que en causa, y que orientase su tiempo y vocación a encontrar síntesis explicativas. Es célebre su división del mundo intelectual en «ideas picudas» e «ideas redondas», de las que dice: «A esas ideas que incitan a la lucha las llamo yo ideas “picudas”; y por oposición, a las ideas que inspiran amor a la paz las llamo “redondas”. Tras ello advierte que él ha optado por las segundas: «Si alguien me hiciera caso, habría un combatiente menos y un trabajador más» (Ganivet, 1977: 141). Su filosofía quiere ser eminentemente práctica, y por ello extrae sus nociones y pensamientos de la experiencia cotidiana: «Las ideas no aventajan nada con declarar la guerra a otras ideas; son mucho más nobles cuando se acomodan a vivir en sociedad,



y para conseguir esto es para lo que hay que trabajar en España» (Ganivet, 1977: 142). La cualidad útil de las ideas la asocia Ganivet a la «restauración espiritual», y por tanto es una práctica ajena al positivismo o al pragmatismo. Su idealismo podríamos conceptualarlo, lógicamente, como un idealismo práctico que rechaza el positivismo por romo, pero no por su búsqueda de la practicidad.

La restauración espiritual ganivetiana se opera fundamentalmente en lo local para acabar afectando a lo nacional. Y sus ideas establecerán un vínculo especial con el profetismo. Dixit Moreno Olmedo: «De aquí el carácter profético de sus escritos, que comparte [con otros escritores] (...), pues una de las características más impresionantes de esa estirpe intelectual (...), es, digamos, el don de profecía, que ya se manifiesta en las conocidas de Burke, que sigue después con las grandiosas de Tocqueville, las estre-mecedoras de Heine, muy emparentadas con las posteriores de Burckhardt, para culminar en las penetrantes visiones de Nietzsche» (Olmedo, 1965: 353). Ganivet se manifiesta en ocasiones incluso en contra de la etnología, entendida al modo de su tiempo, como ciencia físico-culturalista, apostando por el «espíritu territorial», más que por el raciológico. Ganivet precisa de ideas-madre para actuar proféticamente.

Francisco García Lorca constató que Ganivet es conceptualado más como un «pensador» que como un escritor propiamente dicho, cuando su obra sin embargo está más inclinada hacia el terreno de la literatura. «El que su carácter, cuando discurre sobre ideas, esté más cercano por su brevedad y subjetivismo del ensayo que del tratado, concurre a aumentar la impresión de volubilidad y riqueza de pensamiento», escribe Lorca. Para añadir en función de esa abundancia de ideas motrices en Ganivet: «No es, pues, de extrañar que los escritores y críticos que se han ocupado de Ganivet hayan señalado su abundancia de ideas» (G. Lorca, s.f.: 77). Ganivet hace uso de las sentencias, y eso es lo que le da una ambivalencia y fuerza a sus ideas sintéticas. Lo que a su vez sirve para proyectarlo en el profetismo.

### 3. LAS CLAVES IDEOLÓGICAS: NACIONALISMO Y CIUDAD

*Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* contiene una descripción directa de la percepción que Ganivet poseía del sistema político bajo el que se hallaba España: el caciquismo restauracionista. Aquel que ha sido clasificado como el de los amigos políticos. En el capítulo IV, Pío Cid acomete

la «reforma política de España», después de observar el estado en que se hallaban los distritos electorales, donde el sistema no era otro que la compra y venta de los votos y de las influencias locales. Para Ganivet parece obvia la necesidad imperativa de una regeneración nacional, y hasta local, que asocia a la recuperación del genio territorial. En esto coincide con otros autores del final de siglo como Rafael Altamira, adscrito a posiciones progresistas. No obstante, las mayores y fundadas críticas de Altamira y de Azaña estuvieron centradas en la debilidad del aparato histórico que empleó, frecuentemente débil o equívoco. Los errores de apreciación de Ganivet serían propios, según Azaña, del autodidactismo. En cierta forma, tal como señala A. Robles a propósito de la asimilación de A. Fouillée y su idealismo social por parte de Ganivet, éste parece tener prisa en elaborar sus compulsivas conjeturas. Tiene una prisa apropiada a su videncia trascendente, posiblemente a su «*fatum*».

Desde el punto de vista estrictamente político, su concepción de la política queda expresamente delimitada en una de las cartas a Navarro Ledesma: «¡Abajo, pues, esta centralización que convierte en ridiculez el provincianismo! Como el ideal de hoy es ensanchar la nación a costa de Portugal o Marruecos, sea el ideal de mañana crear en cada ciudad la polis autónoma, donde los ciudadanos puedan vivir en familia, quién sabe si paseando en mangas de camisa y filosofando bajo la dirección de un Aristóteles. Conseguido esto, vendrían por añadidura la calma y el desinterés. En este régimen federativo es fácil la implantación de un socialismo práctico (...) Este socialismo anárquico-nirvánico es el mío: éste es mi credo filósofo-político, económico, familiar y religioso» (Espistolario, 1904: 224). Esta pulsión política ideal inexistente en el campo de lo real lo conduce a la inercia. La preocupación estrictamente política de Ganivet no parece pasar del terreno conjetural nunca. Eludiendo inclusive el día a día municipal.

De otra parte, los noventayochistas, y entre ellos Ganivet, tienen una noción del paisaje propia, que ha llegado a constituir un tópico conceptual en la caracterización canónica de la generación finisecular. Este disfrute del paisaje como concepto parte más que de una concepción idealista del mismo, de un punto de partida realista y positivista. M. Carmen Pena afirma que, si hubiésemos de tomar como precedentes y coetáneos a los krausistas y su aportación, «toda esta ideología [la del gusto por el paisaje] fue difundida mediante una educación basada en el rigor científico, que en buena parte había aprendido la Institución al contacto con el pensamiento positivista: la Geografía era la ciencia básica en la renovación del paisaje» (Pena, 1982: 10). Menciona las relaciones de Giner de los Ríos «con la pedagogía

inglesa que le habría de enseñar a amar el campo». El paisaje como sustitutivo del paisanaje es algo sobre lo que reflexiona Azorín cuando compara Castilla con Andalucía. Castilla para Azorín es el paisaje sin hombres o con una sequedad humana que recuerda al propio Alonso Quijano, sobre todo enfrentada a la Andalucía cálida y a la vez trágica (Azorín, 1988). Y allí, en Castilla, es donde encuentran su inspiración Maeztu y Unamuno principalmente.

Volvamos a nuestro autor. «Ganivet, claro está, es —señala Blanco Aguinaga— un caso extremo, pero aleccionador. Su vida y su obra anticipan ya actitudes y soluciones en que después caerán los otros miembros de la generación. Su despego —e incluso desprecio— por ciertas realidades sociales y su contraria busca de una armonía natural, encierran ya el germen de lo que será la evolución de los demás» (Blanco, 1970: 298). Empero Ángel Ganivet es autor de paisajes urbanos a diferencia de otros noventa-yochistas. Manifiesta un gran interés por lo que ocurre en las ciudades, y huye de las descripciones paisajísticas, en el sentido estricto del término. Recurre a lo que L. Frattale, siguiendo a Bajtín, llama un «cronotopo», es decir, una proyección intemporal de las imaginaciones históricas en un lugar. «Es una síntesis poético-onírica en la que se expresa no sólo un proyecto personal de reconstrucción —en clave “espiritual”— de la ciudad, a partir del cual sea posible reimaginar un nuevo desarrollo para todo el país» (Frattale, 1997: 70). Al situarse en el campo de las ideas más que en el de la historia, Ganivet acaba proporcionando síntesis o ideas-madre inferidas del imaginario ciudadano y del paisaje urbano.

Ángel Ganivet percibe que frente al desagregado mundo de las ciudades contemporáneas sólo cabe promover el nacionalismo justificado por la intemporalidad que transmite el territorio. Empero culturalmente el paisaje urbano es superior. La identidad urbana tiene más «alma» para Ganivet —«el alma de las calles habla y dice cosas muy bellas a quien comprende su extraño idioma», dirá. Un sustrato identitario local más justificado que la identidad nacional necesitada de la elaboración de un artificioso e intencionado «idearium».

#### 4. IDENTIDAD Y ALTERIDAD EN GANIVET

Uno de los aspectos claves de la producción de Ángel Ganivet es su relación con la identidad. Para los antropólogos es uno de sus temas estrellas. Para los filósofos, sin embargo, es una tema banal, que esconde algunas in-

suficiencias de la abstracción antropológica. En nuestra opinión, siguiendo a Lévi-Strauss, la identidad, inaprensible, policéntrica y mutante, no puede entenderse sin recurrir a la alteridad, unida a aquélla inextricablemente. «El Otro como condición de afirmación de una identidad. Aquí se afirman los derechos de un descentramiento como constitutivo del problema de la identidad antes de la total recaptura fruto de una lógica parmenídea de la tautología o de la identidad consigo mismo», razona el antropólogo (Benoist, 1981: 20). Para salir de la tautología, la experiencia antropológica nos lleva a afirmar con Carmelo Lisón, que «mucho de lo que está fuera de nosotros pertenece a la esencia del yo» (Lisón, 1997: 9). El método antropológico se singulariza por buscar fuera y no en nosotros mismos. En Ángel Ganivet opera esta clave comprensiva de la alteridad, dialectizada y que escapa a su reificación polar en el alter exotista.

Esto se hace absolutamente cierto en Ganivet que escribe de la alteridad, belga y finlandesa fundamentalmente, dirigiéndose a sus comñites y compatriotas, y que construye su idea —siempre idea como «pneuma»— de la identidad local y nacional desde el exterior. Ganivet, por tanto, está sujeto al extrañamiento antropológico, tanto para abordar la crítica de unas sociedades, la belga y la finlandesa, que le son muy exteriores, por su aislamiento social, como por sólo comenzar a escribir en relación a su cultura desde la lejanía, procurando no mezclarse en los debates municipales, que consideraba excesivamente particulares y, por tanto, inadecuados para desarrollar un pensamiento trascendente.

García Lorca interpretará la identidad en relación a Ganivet, siguiendo la lógica idealista del autor, en estos términos: «La preocupación por la identidad del ser que, de una manera sombría o regocijada, aparece con tanta frecuencia en la obra de Ganivet se justifica porque esa realidad última e irreproducible es uno de los puntos de apoyo de su construcción toda. En ella fundará el ideal sin el que no es posible la existencia de los pueblos ni de los individuos» (G. Lorca, 1951: 72). Tanto en *Granada la bella* como en el *Idearium español*, y el subsiguiente debate en forma de cartas cruzadas entre Unamuno y en el propio Ganivet —*El porvenir de España*—, la principal preocupación del autor es el asunto de la identidad, en sus vertientes local y nacional. La identidad perdida y la identidad futura. Sin embargo, Ganivet no ejerce de costumbrista, la manifestación intelectual del localismo en el fin de siglo, a pesar de que todos sus amigos granadinos se insertan en esa corriente.

Para llegar al fondo de la identidad, considera el escritor que hemos de penetrar más allá del gregarismo y la mediocridad que por mor de la seria-

lidad masificada se van imponiendo. Pera esto habrá que ir al fondo, a lo popular. En este sentido, Ganivet coincide con Unamuno, con Costa y otros coetáneos en su apreciación de la nobleza de lo popular (Ganivet, 1977). Ganivet es partícipe de la idea común en el fin de siglo de que lo mejor de nosotros mismos está en el pueblo, figuración romántica de lo intemporal y permanente frente a la fatuidad de los acontecimientos históricos.

Tiene Ganivet, no obstante, una visión muy concreta y política de la identidad. La suya es una identidad ciudadina, como subrayamos, opuesta a toda intención federalista o regionalista. Se muestra contrario al ideario de Pi y Margall que pretendía encontrar unidades «naturales» de carácter regional. A la idea federal oponible la siguiente contraargumentación: «Un hombre y una ciudad son algo que existe siempre y por separado; tiene vida propia y, si saben usar medianamente de su libertad, marcharán mejor que sometidos a tutela; pero las regiones son organismos accidentales que cambian con el tiempo» (Ganivet, 1971: 21). «L'esprit» urbano para él es el espíritu superior de la identidad. Su concreción más intemporal y elaborada.

Ángel Ganivet vive un proceso de extrañamiento antropológico progresivo y muy radical. En primer lugar a través de su emigración a Madrid para preparar las oposiciones de archiveros y bibliotecarios, que obtuvo, y posteriormente las de la carrera consular, que consiguió igualmente. Los años finales y más productivos de su vida literaria e intelectual los vivirá en la Bélgica que se halla inmersa en la aventura colonial del Congo, y dentro de ésta en el puerto comercial por excelencia, Amberes, y en Helsinki-Riga, en torno a un mar Báltico que conoce una gran actividad política, mercantil y cultural en el fin de siglo. El choque con otros modos y culturas, tales como la finlandesa, muy principalmente, producirá en Ganivet una extrañeza, que con sus pros y contras, siempre comparativas con la Granada local —el otro polo identitario—, buscará transmitir a sus coetáneos y contemporáneos. La comparación estará siempre presente tanto en *La Conquista del Reino de Maya* como en las *Cartas Finlandesas*. Tras todas ellas figurará la «nostalgia» de la identidad lejana; una nostalgia de la que participarán otros miembros de su grupo literario, como Nicolás María López, quien instalado como funcionario en la Biblioteca Nacional, tras obtener las mismas oposiciones que Ganivet, permutará su plaza por la de bibliotecario de la Universidad de Granada, para hacer honor a esa seducción de lo local, que acaba venciendo frente al cosmopolitismo o a la bohemia.

La alteridad ganivetiana es siempre una proyección de la búsqueda de sus coordenadas identitarias. Escribe, por ejemplo, a propósito del imaginario reino africano de Maya: «En un pueblo que yo tenía por semisalvaje

descubría de improviso la existencia de un poder judicial grande, sabio y ambulante para mayor comodidad de los súbditos; descubría la existencia de principios jurídicos admirables que constituyen el anhelo de los más adelantados penalistas de Europa, como son la igualdad de todos los seres creados ante la ley y el jurado popular, conforme a los sanos principios de la democracia» (Ganivet, 1897: 36). La reflexión sobre los problemas propios está muy marcada, y no le permite salir de sí mismo.

Ganivet pertenece a una nación que percibe en crisis y decadente, subalterna desde el punto de vista intelectual respecto a los nuevos centros metropolitanos de Europa. Es ciudadano además de una ciudad histórica, empero marcada inevitablemente por una de las modas más duraderas de la segunda mitad del siglo XIX, el orientalismo exotista. Por todo ello se subleva ante esa mirada reificadora de la alteridad y dice: «Granada continúa siendo una ciudad morisca sin moros, porque algo se ha de decir para entretener al honrado público» (Ganivet, 1971: 81). Antiorientalista convencido radicaliza su discurso hasta hacerlo en ocasiones antiárabe, pueblo al que asocia, tal que su contemporáneo y conciudadano el arabista ultracatólico Francisco Javier Simonet, a la parálisis histórica de España. En *La conquista del reino de Maya...*, por contra, asevera que son los árabes los únicos dotados para introducir la civilización por métodos pacíficos y persuasivos en África. Más allá de la superficie, queremos percibir un antiorientalismo radicalizado hacia alguna de sus ideas-madre, más que un antiarabismo propiamente dicho.

Un hecho significativo nos ha quedado reflejado en sus *Cartas Finlandesas*. En Finlandia tiene noticia de la obra *En Malares Anteckningar*, del pintor sueco Egren Lundgren, publicada en Estocolmo en 1882, y que versaba sobre un viaje suyo a España e Italia. El interés de la obra para Ganivet reside en que buena parte de la misma está consagrada a Granada, localidad que Lundgren visita dos veces a mitad de siglo. Al analizar la obra de Lundgren, Ganivet escribe: «Mi idea era demostrar lo difícil que es comprender las obras de civilizaciones distintas de la nuestra y justificar a Lundgren de los disparates que comete, menos graves que los de muchos europeos que han intentado dar a conocer nuestra fiesta tauromáquica» (Ganivet, 1971: 77). Hace por tanto Ganivet una tímida defensa del relato del pintor sueco, sobre todo en comparación con la literatura de viajes más orientalizante, la francesa, de la que sólo salva a Maurice Barrés: «En el relato de Lundgren —añade— aparece Granada como adormecida y casi muerta; faltan “personas”: sin duda, en 1849, todos los “hijos ilustres de Granada estaban de viaje y los que no eran ilustres estaban metidos en

sus casas (...) Si hoy volviera a nuestra ciudad, encontraría menos carácter morisco y romántico y la misma oposición entre la ciudad y los habitantes» (Ganivet, 1971: 82). Ganivet percibe, por consiguiente, la oposición fundante que atrapa a Granada, entre la ciudad física y su imaginario, reflejo del islamismo histórico y los habitantes castellanos viejos.

En referencia a las *Cartas finlandesas* y a su estilo, ha escrito Carmen Díaz de Alda: «Precisamente uno de los aciertos de las Cartas es la fescura e inmediatez del texto, las expresiones populares, a menudo con función irónica, satírica o hiperbólica, los códigos superpuestos, la “familiaridad” con que trata los asuntos de mayor actualidad, la multiplicidad de registros» (Díaz de Alda, e.p.). Este estilo fuera de los géneros estatuidos le hizo proclamar a Fernández Almagro que Ganivet era un individuo sin estilo o, peor aún, con un mal estilo. Uno de sus defectos, al modo de entender de Almagro, sería el empleo de expresiones de uso exclusivamente plebeyo: «La prosa de Ganivet no es erudita, gracias a Dios, sino popular: pródiga en modismos tomados de primera mano (...) Pero... ¿y cuando lo popular, que significa aire libre, se tuerce en lo casero, que trasciende a tufillo agarbanzado? Se suceden, demasiado cerca las unas de las otras, frases hechas (...) Los academizantes llamarían a esto casticismo. A mí me parece que cuadra mejor otro término: ramplonería» (Fdez. Almagro, 1943: 95). Hay, pues, una plebeyez en la literatura ganivetiana que tiende a impeler directamente a sus conciudadanos. Es una alteridad poco refinada literariamente, muy pegada a la oralidad y por ello podríamos asegurar que «agarbanzada». En ella nos transmite una otredad ensimismada, que busca salir de sí pero no acaba de hallar su extrañamiento, al tener que comunicar sus experiencias lejanas a sus conciudadanos poco dados a los exotismos.

Empero la alteridad ganivetiana posee una cualidad inmediata, epidérmica. La vive con radicalidad nuestro autor por el lado amoroso. Cuando hacemos referencia a la alteridad, normalmente sólo tomamos en consideración los aspectos ideales de la misma; no hay lugar para la materialidad. Y, sin embargo, la relación masculino/femenino con todas sus connotaciones sexuadas tiene mucho que ver con la propia concepción de la alteridad. De un lado, en Ganivet está la que consideraba como su mujer, Amelia Roldán; de otro, la que encarnaba el modelo de mujer amada, Masha Diakovsky. La primera era de origen cubano y poseía una belleza morena; la segunda constituía una auténtica encarnación del modelo nórdico. «La confrontación entre Amelia como encarnación de lo prosaico y la rutina, y Masha de la inteligencia y la espiritualidad, no se plantería si no fuese por la existencia de un «cancionero “amoroso” dedicado a Masha», se ha escrito

(Díaz de Alda, 1997: 27). Lo prosaico y la excepcionalidad encarnados por unos tipos de mujer bien diferentes antropológicamente. Ganivet aspira a la segunda, que admira, y ama a la primera la cual confiesa al final de sus días haber querido con toda pasión. En medio de este asunto acontece el suicidio. La negación de sí mismo. Las dos alteridades superpuestas afectan a lo más profundo de la identidad humana de Ganivet. Es toda una metáfora de su desarraigo. De la peregrinación de su identidad.

## 5. LAS RAÍCES DE LA OBRA: EL GRUPO GENERACIONAL Y LA PRENSA

Melchor Fernández Almagro recuerda que la amistad fue el incentivo para que Ganivet accediera a la escritura. La primera indicación de esta tendencia ganivetiana fue el propio volumen de su correspondencia amical, publicado por Navarro Ledesma. De hecho, Ganivet primero escribe cartas, y luego más adelante procederá a escribir de novelas, según el mismo Fernández Almagro, muy desaliñadas desde el punto de vista estilístico. Taxativamente arguye este biógrafo ganivetista: «Y aun en el caso de sus libros posteriores, publicados ya en clara opción al gran público, nada puede hallarse que permita atribuir a Ganivet ansias naturales de todo escritor, hacerse la firma, llegar (...) Más bien abandona los libros a su propia suerte» (Fdez. Almagro, s.d.: 77). El cultivo viril de la amistad aparece como una suerte de contrapeso de sus nunca fáciles relaciones femeninas. Preconizará a lo largo del tiempo Ganivet una comunión espiritual en una suerte de masculinidad de los iguales. De ahí, se infiere «cómo fue Ganivet a la Literatura: por la amistad». Y por ello, al decir de Almagro, adoptó géneros literarios que no iban dirigidos al gran público (Fdez. Almagro, s.d.: 85). Sus dos mejores interlocutores epistolares, Navarro Ledesma y Nicolás María López, fueron compañeros de oposiciones. «La lista de los treinta y cinco opositores que ocupan la plaza la encabeza otro granadino, Nicolás María López y Fernández, que es quien ha impulsado a Ganivet a preparar estas oposiciones apoyado en su empeño por otro amigo común, Francisco Navarro Ledesma» (Gallego, 1965: 52), suele recordarse. El tercer gran amigo, fue el destinatario del manuscrito de su testamento espiritual, Francisco Seco de Lucena. Un crítico, a cinco años de su muerte, después de la aparición de la correspondencia amical y del drama místico testamentario en 1904, pudo escribir acertadamente: «El hecho de que sus obras póstumas hayan salido al público acompañadas de testimonios



tan calurosos de amistad y de admiración como el discurso del señor Navarro Ledesma que precede al *Epistolario*, y el prólogo del señor Seco de Lucena al drama, dice en favor del hombre tanto como en alabanza del literato» (Gómez, 1904: 179).

El cambio generacional como motor histórico es un tema recurrente en la teoría antropológica. Samuel Eisenstadt resumió el rol jugado por las generaciones en las lógicas del cambio de la siguiente manera: «Our previous analysis has shown that age groups constitute such an interlinking sphere (within universalistic societies) between the family and the occupational, political and general value systems of the society» (Eisenstadt, 1964: 272). Ganivet tiene una pulsión creativa que sistemáticamente lo orienta hacia convertirse en un reformador social, y para ello busca la complicidad en el relevo histórico de sus pares generacionales. Es un fenómeno muy común a toda la segunda mitad del siglo XIX europeo, donde las vanguardias históricas en materia literaria y artística constituyen una variante de los grupos generacionales, solidarios por edad e ideología similar (G. Alcantud, 1989). De hecho, Ganivet teniendo una estructura de pensamiento tradicionalista posee la tensión de las vanguardias, exaltada y tendente al recambio social e histórico.

Mas, según Guillermo de Torre, «no existen más generaciones válidas que aquéllas que comenzaron por tener conciencia de tales, es decir, las que podemos considerar bajo el nombre de movimientos» (Torre, 1966: 203). Ganivet y sus amigos, y en general los noventayochistas, no constituyen un *movimiento*, un *ismo* plenamente congruente en los ámbitos generacional e intelectual. De ahí que se haya podido dudar razonada y razonablemente de la existencia de la generación del 98, hablándose de «invención» a este propósito: «El mito aquí discutido [la generación del 98] —escribió R. Gullón— lo inventó Azorín» (Gullón, 1975: 158), apuntando directamente al origen consciente de la creación. Luego se quisieron ver características comunes en dos grupos literarios, modernistas y noventayochistas, otorgándoles a los primeros la dimensión estética y a los segundos la «sociológica», a unos el decadentismo diletante y a otros el compromiso político y social (Dobon, 1996). Ganivet no acaba de cuadrar definitivamente en ninguno de los grupos reales o inventados del fin de siglo. Se sabe de su tardo romanticismo y de su esfuerzo individual y de las fidelidades que provocó con su personalidad entre sus más cercanos. Empero, Ganivet también se dejó inventar por «amistad».

Hay un momento en la vida del autor en el cual sigue una trayectoria muy común a toda la emigración intelectual que luego se dirigirá a París: el

paso, siquiera efímero, por Cataluña. En esto coincide con la trayectoria de las vanguardias finiseculares. J. Ginsberg ha unido casualmente en la biografía literaria de Ganivet los dos momentos que se producen en el verano de 1897: la última visita a Granada, donde su grupo de amigos se encarga de tributarle un caluroso recibimiento, nucleado por la «cofradía del Avelano», sencilla reunión de amigos en torno a Ganivet, que había tenido otros precedentes en la ciudad en el grupo literario «La Cuerda», y que posteriormente tendrá su continuación menor en «La Oración de la Tarde», toma forma en el mes de julio. Posteriormente en agosto, visita Sitges, donde «Ganivet established ties with the “Cau Ferrat”, an active group of Catalonian artists, including Santiago Rusiñol and Miguel Utrillo, who were in the forefront of Spanish modernism» (Ginsberg, 1985: 82). Su contacto con el modernismo es obvio a partir de esta experiencia. Esta solidaridad generacional se centra, en consecuencia, alrededor de ideas. Ganivet tiene una especial actitud para evocar y lanzar ideas sugerentes a este pequeño grupo generacional, y sabe que sus pretensiones de influencia social pasan necesariamente por un círculo de amistades, que son sus interlocutores dialógicos, si exceptuamos el efímero escarceo unamuniano, igualmente fundado en lo amical, de *El porvenir de España*. Este círculo de amigos será esencial para consolidar y extender el conocimiento de su obra, tal como percibió Gómez de Baquero al poco de su muerte. La amistad es además un concepto y un estilo que hereda la segunda generación de ganivetista. «Tú cuñado y mi padre llevaron juntos el ataúd de Ganivet en 1925», pude oír gráficamente en una confesión de amistad absoluta a dos catedráticos eméritos de literatura.

## 6. LA CONSTRUCCIÓN DEL HÉROE Y LA PUGNA DE LAS IDEOLOGÍAS

La figura humana y literaria de Ganivet está íntimamente ligada a su pulsión vital, la cual entronca en todos sus extremos con un romanticismo tardío. Quizás por esto, más que los estudios filológicos llevados a cabo sobre la obra ganivetiana, puede ser una biografía novelada el espacio para darnos la verdadera dimensión del personaje (Martín Alfás, 1997). En Ganivet laten pasiones románticas *stricto sensu*, comenzando por el amor humano atravesado de profundas pasiones. La laberíntica relación con Amelia Roldán, cuyos inicios en un baile de carnaval describe en *Los trabajos de Pío Cid...*, tiene todos los componentes de una tragedia clásica de corte romántico: ena-

moramiento a la primera mirada, aun bajo la máscara de carnaval, relaciones ilícitas fuera de la normatividad social con dos partos, muerte en París de su hija Natalia, frecuentamiento de los prostíbulos en Amberes, nuevo enamoramiento en Helsinfors, ahora de la «más bella del género rubio» y suicidio ante la inminente llegada de Amelia. El drama es compulsivo como todo en la vida de Ganivet. Escrito con prisa, pero con todos los ingredientes del drama humano de un hombre inteligente, pasional y trágico. En el baile de carnaval, tal como nos es narrado en *Los trabajos...*, escritos en la estada finlandesa, se prefigura ya el *fatum* romántico, el impulso suicida de Ángel Ganivet, según nos lo ofrece él mismo de su mano.

Ese trama, sin embargo, no servirá de argumento narrativo para la construcción del héroe por sus coetáneos. Será más bien la dimensión local y españolista de su obra la que le consagre como ideólogo en el terreno del nacionalismo. Su personalidad coherente, cuyo guión vital parece prescrito, queda anulada por esa otra fuerza contradictoria y sujeta a la multiplicidad de interpretaciones. El entramado local será determinante en la configuración de la personalidad literaria de Ángel Ganivet. Como en todo otro autor, los ganivetistas o ganivetianos se convertirán desde antes mismo de su muerte trágica en los exégetas y valedores de un héroe que consideran propio.

En el caso de Ganivet los exégetas son fundamentalmente intelectuales costumbristas locales, si exceptuamos a la figura periférica de Navarro Ledesma. Uno de ellos, Nicolás María López, merece un cierto detenimiento: habiendo sido compañero suyo de oposiciones en Madrid y habiendo mantenido una intensa relación epistolar con él, tal que dijimos, difería no obstante de Ganivet por sus orígenes sociales. Mientras Nicolás María era hijo de una acomodada familia granadina, y acabó disfrutando su condición de «notable» local, instalado en un hermosísimo carmen albaicinerero, Ganivet seguirá por siempre siendo el hijo de molineros cuyo ascenso social sólo cabe adjudicar a su superior inteligencia. Ganivet no hizo depositario a Nicolás María López de su testamento espiritual —*El escultor de su alma*—, sino a Francisco Seco de Lucena, hermano del director de *El Defensor de Granada*. En el fondo de esta cuestión debió latir un cierto distanciamiento entre ambos, que pudo partir del prólogo que Nicolás María hizo a la primera edición de las *Cartas Finlandesas*, y que era desabrido para con Ganivet. Algo de envidia literaria debía latir en ese incidente, que Ganivet aceptó con deportividad<sup>1</sup>. Sin embargo, esto no obsta para que los

---

<sup>1</sup> Esta reflexión está motivada por unas declaraciones realizadas por el hijo de Nicolás María López en el CIE, el 4 de febrero de 1998.

próceres locales que tuvieron relación con Ganivet, aprovecharon el éxito literario y legendario de su figura, convirtiéndolo en un signo identificatorio de la Granada más «auténtica».

El *complejo de la autenticidad* que afecta a lo más hondo de las identidades tiene los siguientes vectores: *a)* El lugar de nacimiento confiere carácter; *b)* la genealogía familiar garantiza el ascendiente sobre la narración local; *c)* la autoctonía se muestra mediante la negación de los otros discursos locales; *d)* la narratividad histórica, la esculturación local y la expresión idiolectal, sintetizan la «personalidad» autóctona. La autenticidad es el complejo psíquico y social identitario de la autoctonía. En la narratividad histórica es donde insertamos la construcción del héroe local, dotador de sentido colectivo. La modernidad ha traído consigo desde hace un siglo el recordatorio de los acontecimientos locales, nacionales e internacionales considerados identitarios e inflexivos para comprender las secuencias históricas presentes.

La «centenarización» de la cultura y de las personalidades que la encarnan es el fenómeno más llamativo. Un centenario supone la ideación e idealización subsiguiente de un personaje o hecho nuclear para activar los complejos de autenticidad. Esto tiene una relación directa con la detentación del poder local. Granada posee una figura emblemática de la universalidad, Federico García Lorca<sup>2</sup>, y otra identificada con el devenir local, Ángel Ganivet. Ambas figuras han sido objeto de una intencional construcción del héroe, en las conmemoraciones de su nacimiento o muerte. Ganivet, en 1965, en el centenario de su nacimiento. Lorca en 1986, durante el cincuentenario de su asesinato. Y los dos en 1998, en el centenario del nacimiento del primero y de la muerte del segundo. A ello se añaden las expectativas inflexivas abiertas por el milenio próximo a concluir. El modelo, como sostiene Max Scheler, va por delante del propio héroe y lo demanda (Scheler, 1961). En los dos casos, el modelo de construcción del héroe es el mismo, si bien el resultado puede ser distinto.

En torno a Ganivet se produjo esta fenomenología centenaria en 1965, con éxito notable en la medida en que el dogma estaba centralizado entrópicamente, por las condiciones políticas de la época —una dictadura—. «La asignación de poder —se ha escrito desde la antropología— es fundamentalmente un proceso de centralización; otorga el derecho de tomar decisio-

<sup>2</sup> Según una encuesta realizada por el diario *El País* el 28 de febrero de 1998, Lorca sería, a gran distancia de otras figuras como Blas Infante —el llamado «padre de la patria andaluza»—, la personalidad más conocida por los andaluces y más representativa de su identidad.

nes a alguna unidad o algunas unidades y lo niega a otras» (Adams, 1983: 265). La disidencia antigánivetista —R. Altamira y M. Azaña, principalmente en el lado teórico— y los opositores a la «españolidad» a ultranza, no tenían espacio alguno para la disidencia. Ni siquiera para el recentramiento de la biografía de Gánivet, donde ciertos asuntos como el de su irreligiosidad o el de su relación con las mujeres eran incómodos para los exégetas gánivetianos. En definitiva, el centenario de 1965 permitió sobre todo que ciertos «notables» locales culminasen su carrera administrativa autopromoviéndose como agentes culturales.

La celebración del cincuentenario de la muerte de Lorca, sirvió desde el Ayuntamiento y la Universidad para lanzar y promocionar a algunas incipientes jóvenes figuras literarias locales en la arena nacional. Los centenarios han sido, por tanto, el vehículo de instrumentación para detentar el poder local o asegurarse un lugar en los acontecimientos nacionales. El momento actual es más complejo, puesto que el poder político y cultural se halla dividido entre varios grupos de presión. Por ejemplo, en el caso de Lorca, entre la familia, los «lorquianos» locales sin vínculo con ésta, los grupos de presión literaria, los hagiógrafos universitarios, los hispanistas, etc. La distribución de los lugares culturales lorquianos entre tres casas-museo en la misma Granada y una fundación en Madrid, indica a las claras la complejidad de la construcción del héroe en la contemporaneidad democrática, donde la diversificación de los poderes culturales comienza a ser un hecho.

La construcción de un héroe local como Gánivet, en la sociedad granadina actual, marcada por una pluralidad de voces culturales, y con una parte de la misma, la más modernizada, opuesta al casticismo e incluso al alhambrismo estetizante, no resulta tarea fácil. La única posibilidad de recuperar el discurso local gánivetista ha sido para desconstruirlo y observar su propia personalidad dentro de una trayectoria posromántica, plena de las contradicciones propias de quien socialmente se «había hecho a sí mismo». La multiplicidad de voces y enfoques ha enfriado el discurso centenario, entendido como la coronación consensual del héroe literario.

## 7. ESCRITURA Y POSMODERNIDAD. EL VALOR DE LO SUBJETIVO

La escritura de Gánivet tiene valor por sí misma. Podemos afirmar que posee algunas cualidades que entroncan con la posmodernidad. La antro-

pología como ciencia positiva tiende hoy a restituir el valor de la subjetividad escritural. No son excepción los antropólogos clásicos que emplearon la máscara del seudónimo para escribir en primera persona, consagrándose en secreto al cultivo de la literatura incluso de la más banal (Bruner, 1993). La conexión entre antropología y literatura es uno de los rasgos más acentuados de la posmodernidad antropológica.

En esto Ganivet también se muestra un visionario. Y ello porque se adecua o pone en circulación, como señalaba Francisco García Lorca, frase lapidarias, sentencias, que no cuadran en ninguno de los géneros literarios activos. Su pretensión de hacer unas obras literarias más allá del curso habitual de la novela, la poesía, el teatro o el ensayo, está determinada en primera instancia por el periodismo. Todos los escritores de la generación finisecular practican de una manera u otra el periodismo. A través del mismo exponen sus ideas militantes (Unamuno, Maeztu), analizan la realidad social (Azorín), dan a conocer sus novelas (Blasco Ibáñez) o sencillamente informan a sus coetáneos (Ganivet). Es más, la mayoría de ellos vivirán del periodismo. La prensa como institución social a fines de siglo conoce un auge evidente. Granada conoce una situación similar. Entre las hojas efímeras de temática satírica y política y una prensa realmente consolidada, como será *El Defensor de Granada* media una larga distancia.

Este tipo de literatura periodística permitía a sus autores expresar opiniones inmediatas, frecuentemente intuitivas, y como tales sometidas a la incoherencia propia de las mudanzas de opinión. El estilo para ser eficaz debía ser afirmativo, y frecuentemente tomaba prestado de la oratoria política numerosos giros e hipérbolos de forma y de contenido. Del *Idearium*, construido con ese estilo, dirá Azaña, uno de los más acervos críticos de Ganivet, uniendo forma y fondo en su crítica: «Pertenece al género de escritos que me permitiré llamar *licenciosos*, en cuanto se sustraen al rigor de los datos objetivos del problema planteado y epilogan sobre su materia tomándose libertades sólo admisibles, legítimas, respecto de un tema de pura invención personal. El autor entra en los problemas como quiere y sale lo mismo. Se encara con unas cuestiones, omite otras, porque las desconozca o no le importen. Y ataca por el lado que le conviene las cuestiones mismas anunciadas. Esta licencia les presta soltura, ligereza, facilidad encantadora. Todo es claro, llano» (Azaña, 1982: 203). Azaña es taxativo respecto a su diagnóstico de Ganivet: «Los medios intelectuales de Ganivet son harto inferiores a sus propósitos» (Azaña, 1982: 194). Y entre esa falta de medios, que lleva a nuestro autor a tratar cualquier tema con cualquier método, Manuel Azaña oportunamente menciona el desorden intuicionista:

«No parece hombre de demasiados libros; murió joven, y sus lecturas se resienten quizá del desorden propio de la curiosidad inquieta y sin objeto (...) Mal asistido por su capacidad sensible, Ganivet se halla, por otra parte, prisionero de algunas prevenciones hostiles a su siglo» (Azaña, 1980: 192). En el fondo de la crítica azañista, hay algo que nos recuerda sin ambages a la prensa de antes y de ahora en sus modos de abordar la realidad histórica y social.

Cuando Ganivet dudaba de dar a la imprenta *La Conquista...* y posteriormente se quejaba de haberlo hecho parece ser consciente de la relativa inmadurez de su método, en el que mezcla diversos géneros, y en particular la reflexión políticosocial con la trama novelística. En *La Conquista...* realiza por primera vez un trabajo de documentación sistemático para la realización de una novela que presenta como un intento de obra original; para ello ha leído a J. Swif, a H. Stanley y otras literaturas referentes a la conquista europea del África central. E incluso, al parecer, ha hecho creer a sus amigos, y sobre todo a Francisco Navarro, que tuvo que aprender los idiomas nativos para escribir con precisión etnológica la obra y, lo que es más, «vivir» y «sufrir» África en el proceso creativo al modo de Flaubert: «Cuando escribió *La conquista del reino de Maya* —nos transmite Navarro Ledesma—, para la cual se preparó con larguísimos estudios africanófilos, llegando a aprender el dialecto “bantú” que hablan los negros de Uganda, del Unyamuezi y del Uggo, decía que no sólo al conocer ese rudimento de lenguaje había logrado estrechar y comprimir sus ideas hasta meterlas en los cauces angostos del cerebro de un negro semisalvaje, sino que pasó un mes en cama, víctima de todos los fenómenos que acompañan a esa enfermedad casi desconocida que los exploradores y misioneros designan con el nombre de “fiebre africana” (Navarro, en Ganivet, 1904: 29). El trabajo de la escritura en Ganivet es una propuesta para sobrevivir, para trascenderse frente a la fragilidad de una biografía compulsiva. Pretende alcanzar una originalidad intersticial y conoce el valor de la documentación. Por eso duda de entregar a la publicidad obras que no concibe acabadas, si bien paradójicamente está impelido a hacerlo por la urgencia del *fatum*.

Sin necesidad de someter a lecturas forzadas a Ángel Ganivet, hemos observado los puntos de convergencia con la antropología general de su vida y obra, que podemos resumir en los siguientes puntos: Primero, curiosidad por la vida social exterior, en especial europea, contradiciendo la lógica general de la España finisecular tendente a la introyección; hay un desarrollo de la alteridad en Ganivet, si bien ensimismado, sin perder nunca de perspectiva el «problema nacional». Segundo, preocupación prefe-

rente por la identidad local y territorial, en línea con los posteriores desarrollos de las ciencias sociales. Tercero, escritura intersticial, generada entre lo vivido y lo reflexionado, origen de la escritura etnográfica. Allá lo subjetivo obtiene un valor central. Su calificación como «pensador» nos señala que Ganivet pertenece a un tipo de intelectual a la búsqueda de la verdad a través de un método que en parte hunde sus raíces en una hermenéutica de origen romántico (Gadamer, 1991), que tiene la pretensión de leer el mundo e interpretarlo como un texto. En Ganivet, por tanto, no hay retórica, ni escritura fantástica, hay interpretación. Este último impulso lo acerca aún más a la antropología. Su mirada lejana, intersticial e identitaria, lo encamina en esa dirección.

Donde, por contra de la antropología que pretende ser una analítica, una ciencia destructora de «invenciones», se impone como creador de síntesis es en el nacionalismo. En ese espacio tiene la pretendida intencionalidad de actuar de ideólogo, al igual que el resto de su coetáneos (Fox, 1997). Aun aceptando con R. Wagner que toda cultura humana, por el hecho de serlo, contiene un nudo inflexivo fundado en la inventiva (Wagner, 1985), Ganivet va más allá adoptando el rol intencional y finalista del ideólogo que busca ansiosamente influir en los demás. Es además el aspecto más discutible y caduco del ganivetismo, sobre todo por haber sido desenfocado del resto de la obra y personalidad del escritor en épocas históricas tan grises como el primer franquismo. Sencillamente, recuérdese al respecto la organización interna de la antología de textos ganivetianos preparada por Luis Rosales en 1939, en la que se establecían frecuentes paralelismos con los acontecimientos militaristas del momento, en especial con el caudillaje, haciéndose partícipe a Ganivet de hechos políticos que no pudo siquiera intuir (Rosales, 1943). Mas hoy el Ganivet cultural y contextual se sobrepone a aquel otro, dándole el giro antropográfico que lo restituye en todas sus dimensiones, las del saber y la narración biográfica.

## BIBLIOGRAFÍA

- ADAMS, Richard N.: *Energía y estructura. Una teoría del poder social*. México, FCE, 1983.
- ALTAMIRA, Rafael: *Psicología del pueblo español* (1902). Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.
- AZAÑA, Manuel: «El "Idearium" de Ganivet», en *Antología I. Ensayos*. Madrid, Alianza: 161-206.



- AZORÍN: *La ruta de Don Quijote* (1905). Madrid, Cátedra, 1988.
- BENOIST, Jean-Marie: «Facetas de la identidad», en Lévi-Strauss, C., et alii. *La identidad*. Barcelona, Petrel, 1981: 11-21.
- BLANCO AGUINAGA, Carlos: *Juventud del 98*. Madrid, Siglo XXI, 1970.
- BRUNER, Edward M.: *Introduction: The Ethnographic Self and the Personal Self*, in Benson, Paul. *Anthropology and Literature*. Univ. Illinois Press, 1993: 1-26.
- DÍAZ DE ALDA, Carmen: «Masha Diakovsky: un retrato», in *Rilce*, 13-2, 1997, Pamplona: 25-54.
- : «Finlandia y las “Cartas finlandesas”»: Aportaciones al estudio de Ganivet», in *Fundamentos de Antropología*, núm. 8, 1998, en prensa.
- DOBÓN, M.<sup>a</sup> Dolores: «Sociólogos contra estetas: prehistoria del conflicto entre modernismo y 98», en *Hispanic Review*, 64, 1996: 57-72.
- EISENSTADT, Samuel: *From generation to generation. Age Groups and Social Structure*. London, Collier-MacMillan Ltd., 1964.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: *Vida y obra de Ángel Ganivet*. Valencia, Ed. Sempere, s.f.
- FRATTALE, Loretta: «Perspectivas ganivetianas sobre Granada. Variaciones sobre un cronotopo», in *Rilce*, 2-13, Pamplona, 1997: 57-72.
- GADAMER, Hans-George: *Verdad y método*. Salamanca, Sígueme, 1991.
- GALLEGO MORELL, Antonio: *Ángel Ganivet, el excéntrico del 98*. Granada, 1965.
- GAN GIMÉNEZ, Pedro: *Las cartas de Ángel Ganivet*. Granada, Diputación, 1979.
- GANIVET, Ángel: *La conquista del reino de maya por el último conquistador español, Pío Cid*. Madrid, Ribadeneira, 1897.
- : *Epistolario*. Madrid, L. William, 1904.
- (1943a): «Importancia de la lengua sánscrita y servicios que su estudio ha prestado a la ciencia del lenguaje en general y a la gramática comparada en particular» (1889), en Ganivet, A., *Obras completas*, 1943, vol. IÑ 807-882.
- (1943b): «Doctrinas varias de los filósofos sobre el concepto de causa, verdadero origen y subjetivo valor de este concepto» (1890), en Ganivet, A., *Obras completas*, 1943, vol. I: 885-895.
- (1943c): «La España filosófica contemporánea» (1889), en Ganivet, A., *Obras completas*, 1943, vol. II: 587-672.
- : *Cartas finlandesas. Hombres del Norte*. Madrid, Austral, 1971, 6.<sup>a</sup>
- : *Idearium español. El porvenir de España*. Madrid, Austral, 1977, 10.<sup>a</sup>
- : *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*. Madrid, Aguilar, 1987.

- : *Granada la bella*. Granada, Diputación, 1996. Estudio preliminar y notas de Ángel Isac.
- GARCÍA LORCA, FRANCISCO: *Ángel Ganivet. Su idea del hombre*. Buenos Aires, Losada, s.f.
- GINSBERG, JUDITH: *Ángel Ganivet*. London, Tamesis Book, 1985.
- GÓMEZ BAQUERO, E.: «Crónica literaria. “El escultor de su alma”, en *La España Moderna*, 1904, núm. 189: 178-186.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A.: *El exotismo en las vanguardias artístico-literarias*. Barcelona, Anthropos, 1989.
- : «Ángel Ganivet ante la polémica de los modos de colonización. A propósito de “La conquista del reino de Maya por Pío Cid”», in *Rilce*, 13-2, Pamplona, 1997: 75-96.
- : «El retrato de Ángel Ganivet en el atelier Nyblin. Consideraciones fisiognómicas al hilo de la amistosa idealización del escritor», en *Galerías de retratos. Ganivet en el Atelier Nyblin*. Granada, Diputación, 1988.
- : “Ganivet frente a los ganivetianos. Para la arqueología de una fatasmática cultural», in *Fundamentos de Antropología*, núm. 8, Granada, 1998.
- GULLÓN, RICARDO: «La invención del 98», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms. 226-227, 1975: 150-159.
- HERRERO, JAVIER: *Ángel Ganivet, un iluminado*. Madrid, Gredos, 1966.
- IMAN FOX, E.: *La invención de España*. Madrid, Cátedra, 1997.
- LISÓN TOLOSANA, CARMelo: *Las máscaras de la identidad*. Barcelona, Ariel, 1997.
- MARTÍN ALFÁS: *Atardecer en Brunsparken*. Granada, Ed. Alhauia, 1997.
- NÚÑEZ RUIZ, DIEGO: «La filosofía positiva en el siglo XIX español», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 299, 1975: 387-402.
- OLMEDO MORENO, MIGUEL: *El pensamiento de Ángel Ganivet*. Madrid, Revista de Occidente, 1965.
- PENA, MARÍA DEL CARMEN: *Pintura de paisaje e ideología. La generación del 98*. Madrid, Taurus, 1982.
- ROBLES EGEEA, ANTONIO: «El neoidealismo y la rebelión contra el positivismo de Ángel Ganivet: sobre Alfred Fouillée y la teoría de las ideas», in *Rilce*, 13-2, Pamplona, 1997: 201-221.
- ROSALES, LUIS: *Ángel Ganivet. Antología*. Ediciones Falange Española, 1943.
- RUGAI BASTOS, ELIDE: «Los viajes de Ángel Ganivet a Brasil», en *Fundamentos de Antropología*, núm. 8, Granada, en prensa.
- SCHULER, MAX: *El santo, el genio, el héroe*. B. Aires, Ed. Nova, 1961.

SANTIÁÑEZ-TIO, Nil: *Ángel Ganivet. Una bibliografía anotada, 1892-1995*, Granada, Diputación, 1996.

SOBEJANO, Gonzalo: *Nietzsche en España*. Madrid, Gredos, 1967.

SHAW, Donald: *La generación del 98*. Madrid, Cátedra, 1997, 7.<sup>a</sup>

TORRE, Guillermo de: «Generaciones y movimientos literarios», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 1966, núm. 194: 193-211.

WAGNER, Roy: *The Invention of Culture*. Chicago University Press, 1981, 2.<sup>a</sup>